

José A. Ramírez Lozano

LOS CELOS DE ZENOBIA

PRE-TEXTOS

NARRATIVA

Reunido el jurado de la XXIV edición del Premio de Novela Breve Juan March Cencillo, formado por don Manuel Borrás, don Fernando G. Corugedo (secretario), don Javier Goñi, don José Luis de Juan y don José Carlos Llop (presidente) ha considerado, por mayoría, novela ganadora de este año *Los celos de Zenobia*, de don José A. Ramírez Lozano.



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra
(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Diseño gráfico: Pre-Textos (S.G.E.) y *
Imagen de la cubierta: *Desnudo femenino*, de Egon Schiele, 1913

1ª edición: octubre de 2016

© José A. Ramírez Lozano, 2016

© de la presente edición:

PRE-TEXTOS, 2016

Luis Santángel, 10

46005 Valencia

www.pre-textos.com

en coedición con:

FUNDACIÓN BARTOLOMÉ MARCH SERVERA



IMPRESO EN ESPAÑA/PRINTED IN SPAIN

ISBN: 978-84-16906-01-7

DEPÓSITO LEGAL: V-2207-2016

FERNANDO GIL, S.A. TEL. 96 317 10 97

Para Inma Vital, mi paciente Zenobia

“Yo tengo escondida en mi casa, por su gusto y el mío, a la Poesía. Y nuestra relación es la de dos apasionados.”

J. R. JIMÉNEZ

1. NINGUNA Y TODAS A LA VEZ

A Zenobia aún le temblaban las manos. No lo supo hasta esa misma noche cuando se puso a la máquina, una Underwood negra que más parecía catafalco que piano. La música que unas manos como las suyas se hubieran merecido. Y no esta que cada noche sus dedos acometían consintiendo en rebajar su fina aristocracia hasta la dactilografía más horrenda.

—No, si ha de ser siempre lo que tú digas, ea. Mira cómo me tiemblan. —Sacó las manos Zenobia—. Veremos si acierto con las letras.

Aquél había sido un día de locura. La casa revuelta de la mudanza, los muebles patas arriba, los libros hacinados en el pasillo y, por encima de todo y contra toda adversidad, el señorito Juan Ramón aún se empeñaba en dictarle lo escrito con esa urgencia del poseso que no para hasta ver impreso el poema.

—Vamos, anda, lee.

Juan Ramón la miró con los ojos ausentes de un ánimo transida y de memoria, sin mirar el papel, recitó sosteniendo en su voz el hálito del verso:

–La brisa era infinita. Tú dormías desnuda...
tus piernas se enlazaban en cándido reposo,
y tu mano de seda, celeste, ciega, muda,
tapaba, sin tocarlo, tu sexo tenebroso.

–¡No! ¡Otra vez no! –Zenobia quitó las manos de la máquina para llevárselas con horror a los ojos–. Otra vez esa malvada Jeanne-Marie, esa poesía tan impura tuya.

–Que no es ella, mujer –la amansó Juan Ramón.

–Entonces ¿quién? ¿Francina? ¿Susana? ¿La Grimm?
Dime.

–Ninguna

–Ninguna y todas a la vez, eso es. –Se echó a llorar Zenobia.

–La poesía, Zenobia, se trata de la poesía.

–Esa poesía tuya tan impura acabará con lo nuestro si no la borras de tu cabeza y la encierras en un cuarto para siempre. Mi madre bien que me lo dijo, acuérdate.

Juan Ramón se levantó diligente a consolarla, convencido de su error, de la traición de su propio verso.

–Además, menuda zafiedad. ¿Es que no adviertes la bajeza de esos poemas? ¿Qué tienen ellos que ver con la pureza que nos prometimos? Dime.

–Tienes razón –consintió el poeta con aire contrito–. El primer verso trae quebrada su música. Es menester enmendarlo.

–O ella o yo, una de dos –amenazó Zenobia abundando en su desconsuelo–. Debes entenderlo, Juan Ramón. No puedo vivir con otra mujer dentro de casa. Con una cortesana libidinosa que viola la intimidad de mi matrimonio y a la que, además, le ha dado por no envejecer. ¡Que no!

–Corregirla, ésa va a ser toda mi tarea, te lo juro, Zenobia. Pero no puedo renunciar a ella. Es mi poesía, mía para siempre.

Fue Juan Ramón esta vez quien le trajo el vaso de agua. Bastaba con verla hundida para que a él se le crecieran los ánimos, pusilánime y enfermo como solía mostrarse, con esa mimosería entre pueril y divina, convencido de que el mundo entero se le debiera, criatura la suya de una soberbia disfrazada de ingenuidad y tan cruel que ponía en desprecio todo cuanto fuera ajeno a su obra.

–Que sí, Zenobia, que tienes toda la razón. Le arrancaré ese verso de “desarreglada”, “deshojada” y “marchita” y esa rima en “cita” que la vulgariza. Ganará en pureza.

–Ese poema no tiene enmienda. Ni el poema ni el librito. *Laberinto* es un texto impúdico y horrendo que nunca debió imprimirse ¿Hasta cuándo, Dios mío?

–Zenobia alzaba los ojos al cielo–. ¿Hasta cuándo? No, ya verás tú, si ese pecado tuyo de juventud nos va a perseguir toda la vida.

–No digas eso, Zenobia, mujer. La poesía es toda pura. Nada hay de impuro en ella sino la propia palabra, esa arista que le da carnalidad y que hay que limar y limar hasta el absoluto. Precisamente no ha sido otro mi empeño. Te juro que acabaré haciendo de esa reina fastuosa y procaz un alma transida y purísima, rosa de plenitud en que mi obra se cumpla.

–Si tu Obra es solazarte con ella, yo sobro en esta casa –dijo ella y suspiró con despecho.

–Mi obra es un peregrinaje a la raíz de la belleza. La poesía es la carne que yo he de trascender. Y tú, Zenobia mía, vienes también conmigo. Entre los dos haremos que rinda su carnalidad. Serás la institutriz, la alta institutriz que la desbaste hasta encontrarle la cifra de su alma, en que se tiene.

–Sí, sí, pero enciérrala. Enciérrala y no le des de beber ni comer hasta que rinda su extravío.

–¿Encerrarla? –repuso Juan Ramón atropellado por la inmediatez de su condena. ¿Dónde?

–Acabamos de mudarnos. Ahora tienes un cuarto más que en el entresuelo en que vivíamos.

Juan Ramón no dijo ni que sí ni que no. Volvió la cabeza para mirar la puerta del cuarto y admitió la evidencia con el furtivo contento del que ve acomodár-

sele la realidad sin procurarlo, como si la dictasen los dioses.

–La encerraremos.

Zenobia pareció serenarse con la contundencia con que el poeta le prometía fidelidad. Tomó un pañuelito de su bocamanga y se enjugó las lágrimas con modosería. Luego volvió a poner las manos en el teclado con la disposición de la perseverancia.

–Vamos, díctame lo de hoy y déjate de una vez de esas ventoleras del pasado.

Esta vez Juan Ramón no levantó ya los ojos del papel.

–“Día tras día, mi ala, cavadora, minadora”.

–Con comas, ¿no?

–Con comas y admiración este segundo verso. Y abre un guión delante de “cavadora”.

–¿Y cuándo lo cierro?

–Aguarda, mujer. En el verso que ahora sigue: “¡Qué duro azadón de luz!”

–Con admiración, ¿no?

–Sí, y cierra el guión ahora.

–Señor, Señor, qué mortificación la de esta alma.

–Zenobia suspiró–. Qué dolor este de las palabras.

–Eso conlleva la belleza, querida mía. Pulir, pulir, pulir.

Los dos así, en plena noche, el mundo hecho un torbellino a su alrededor, del revés la costumbre de la casa,

toda patas arriba en un naufragio de cachivaches y libros que no estorbaba la serenidad del verso, su constancia. O que sí, que también es naufragio la palabra y no para de tropezar con ella hasta dar en su esencia, redimida por su propia torpeza, perla al cabo de ese parto doloroso al que Zenobia asistía con sus manos.

–Pero ¿no me has dicho “¿Ascensión mía, parada / en futuros del ocaso?”

–Sí, pero no. Borra y pon: “Ascensión mía, parada, / mejor cisne vertical, / vino aún...”

–Tú lo ves muy fácil todo –se impacientó Zenobia empujando el carro con rabia–. Borra, tacha...

–Es la tarea, Zenobia. ¿No la querías pura? ¿No quieres que pierda para siempre su impureza? La reeducaremos. Al fin y al cabo no es aún más que una jovencita.

–A ésa no hay modo de redimirla mientras no la saques del mundo y la borres de tus libros para siempre –sentenció ella, fulminante.

Juan Ramón quedó un momento en suspenso, como resistiéndose a un abismo irremediable. Luego determinó con arrebato:

–Los quemaré. Quemaré todos esos libros de juventud, todo eso tan feo que envenena su alma.

–No podremos –apuntó ella–. Habría que ir lector por lector requiriendo esos libros. Después de sembrada es ya imposible recoger de la cizaña el grano, convécete.